

RUMASA: LA HISTORIA LLEGA A SU FIN

Por Luis VALLS TABERNER

HACE catorce años, el Gobierno expropió Rumasa. Medio año después, Ruiz-Mateos lanzó a la opinión pública con gran espectáculo, la tesis de que yo era quien había dirigido la operación expropiatoria. Durante estos catorce años ha seguido manteniendo la misma teoría, sin que haya podido aportar el menor indicio ni fundamento alguno.

Sabedor él mismo de que no podía aportar ningún dato, ha montado una oficina con publicidad en la Prensa ofreciendo pagar pruebas de escándalos. Mientras, ha seguido con su táctica acusatoria contra mí: delitos monetarios, financiación del 23F militar, utilización de testaferros, compraventas ficticias y fraudulentas de acciones, etcétera.

El tiempo no le está dando la razón. La técnica empleada, siguiendo el consejo árabe «cuando llegues a tu casa, lo primero que debes hacer es pegarle a tu mujer; ella sabrá por qué», no le ha dado resultado. Acusarme de todo aquello que él conoce por experiencia, pensando que en algo habré caído, no le ha servido para nada.

En su papel de víctima, con el uso y abuso de las técnicas de propaganda, ha conseguido hacer mella y crear la duda en algunos, especialmente en personas que ideológicamente estaban enfrentadas al socialismo.

Hasta tal punto se hizo creíble que me obligó a escribir para la Prensa un artículo titulado «La Calumnia», con objeto de explicar a los accionistas del Banco que las afirmaciones de Ruiz-Mateos eran pura calumnia. Este desmentido dirigido a los accionistas tuve que hacerlo antes de la Junta General para evitar la indignación de la gente crédula. Tiene razón el dicho volteriano cuando afirma: «Calumnia, que algo queda».

La pregunta que muchos expresan y yo mismo me hago es por qué Ruiz-Mateos construye de la nada su novela de la expropiación. En general, los que inventan noti-

cias creando rumores lo hacen mezclando hechos ciertos y comprobables con sucesos verosímiles pero falsos. Ruiz-Mateos va más lejos y sin el menor fundamento en que apoyarse monta su película. Tengo, por supuesto, una interpretación de lo que entonces pude ver.

Dándose cuenta, o sin darse cuenta de que un nuevo Gobierno con mayoría parlamentaria tomaba, en diciembre de 1982, las riendas del poder, Ruiz-Mateos le echa un pulso a propósito de las auditorías, en aquel momento recomendadas pero todavía no obligatorias para el sector banca. El pulso no sólo se lo echó al nuevo Gobierno en los despachos del Ministerio, sino también en la televisión. La reacción gubernamental fue inmediata, poco

menos que de un día para otro. No voy a discutir aquí si la «tarjeta roja» era justificada o si se trataba de un error político. Lo cierto es que nadie ha demostrado hasta ahora que hubiera conspiración, complicidad o deseos de que Ruiz-Mateos no jugara. Él solo se ganó la ida a destiempo a los vestuarios. La única luz que arroja el paso del tiempo es que Ruiz-Mateos nunca quiso reconocer ni éste ni ningún otro error propio.

A partir de ese momento, no tiene el menor escrúpulo en emplear el «todo vale». El colmo de lo burdo es la falsificación de una carta y de mi firma desde Alcalá-Meco. En esa falsa carta enviada a la cárcel yo le reconocía la razón y además que sabía el destino de sus mil millones. Como en las mejores películas, en la carta falsificada le seguía ofreciendo protección.

En los años en que Ruiz-Mateos ha estado más agresivo —83, 84, 86, 88 y 94—, el Repertorio de Temas que anualmente publica el Banco para sus accionistas y para sus empleados se ha hecho eco de los despropósitos de Ruiz-Mateos. Es, hoy por hoy, la única defensa que cabe. Catorce años de calumnias no han hecho gran mella en la opinión ni en la pública ni en la publicada. Sus imputaciones no pueden calificarse de graves. Sólo de falsas.



Luis Valls Taberner
Presidente del Banco
Popular